

## La mística escondida de San Alfonso Rodríguez

Daniel Cuesta Gómez SJ

Cuatro son los segovianos que han llegado a los altares: San Frutos, San Valentín, Santa Engracia y San Alonso (o Alfonso) Rodríguez<sup>1</sup>. Y tal vez el azar, o quizá la providencia, ha querido que sus fiestas se celebren todas en una misma semana. Así, el día 25 de octubre celebramos a San Frutos, patrón de Segovia y su obispado. Y también a sus dos hermanos Valentín y Engracia, a quienes la tradición coloca entre los mártires de la conquista musulmana de la Península. Y por último, el día 31 del mismo mes, hacemos memoria del santo Hermano Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, de cuya muerte se celebra el IV centenario en este año 2017.

Pero, salvo entre sus devotos de los barrios de El Salvador y El Sotillo, en realidad, la figura de San Alonso Rodríguez es bastante desconocida para la gran mayoría de los segovianos. Este hecho no deja de constituir una paradoja, ya que, por un lado, disponemos de multitud de datos y testimonios fehacientes que nos relatan (lejos de relatos legendarios) la vida del Santo Hermano portero de Montesión. Y por otro, San Alonso Rodríguez es, sin lugar a dudas, uno de los segovianos más universales. Ya que, al ser uno de los santos más populares del santoral de la Compañía de Jesús, su figura es venerada prácticamente en todos los lugares del mundo donde ésta se encuentra establecida, así como en muchos otros donde su devoción ha sobrevivido, incluso a la marcha de los jesuitas.

El secreto de su popularidad no es otro que el de su sencillez. Alonso, con su *“ya voy Señor”* encarna como pocos el ideal de una vida cristiana sencilla y oculta, que sabe encontrar a Dios en las realidades cotidianas de cada día. Sin embargo, aunque la esencia de su vida sea sin duda ese descubrir en todos a Cristo que llama a la puerta<sup>2</sup>, la vida de San Alonso Rodríguez fue mucho más que aquello. Es decir, que el modo de actuar el santo segoviano en la portería del Colegio de la Compañía de Jesús en Mallorca emanaba de una vida espiritual de altísimo nivel. De hecho, a la luz de sus escritos, los entendidos no han dudado en calificar a San Alonso como un místico. No solamente porque su día a día estuviera atravesado por continuas devociones a Dios, a la Virgen María y a los santos, sino más bien porque su relación con ellos era de un nivel altísimo, sin lugar a dudas comparable a la de sus contemporáneos San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

Esta es *“la mística escondida de San Alfonso Rodríguez”* que la Comisión del IV Centenario de su muerte me encarga dar a conocer como jesuita y segoviano. Por ello, en las siguientes líneas trataré de ampliar la mirada sobre la imagen que muchos tienen y que otros hemos tenido durante años sobre el santo. Es decir, la del anciano venerable, viudo y padre de tres hijos, con los ojos cansados por los años, cuerpo encorvado y dedos de las manos desgastados de tanto

---

<sup>1</sup> Legendario o no, la tradición identifica a San Geroteo con uno de los discípulos de San Pablo, posiblemente originario del sur de España, que habría sido el primer obispo de Atenas y de Segovia respectivamente. Por lo tanto, dicho santo prelado no sería de origen segoviano. Por otro lado, en los relieves de la Capilla de los Ayala de la Catedral de Segovia, aparecen los bustos de los santos Antonio, Félix, Julio y Valeriano, calificados por medio de una cartela como obispos mártires segovianos. Pero lo cierto es que a día de hoy se desconocen los datos de los mismos.

<sup>2</sup> *“Mira que estoy a la puerta y llamo. Si uno escucha mi llamada y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo”*. Apocalipsis 3, 20.

pasar las cuentas del rosario, que se dedicó en cuerpo y sobre todo alma al humilde oficio de portero del Colegio de Montesión en Palma de Mallorca.

Y lo haré, como he dicho antes, como jesuita y segoviano. Intentando ayudar a que muchos descubran al Alonso al que yo he tenido la suerte de conocer por medio de sus cuentas de conciencia y escritos, y también de las múltiples publicaciones que, sobre su vida, se han hecho. Es decir, la figura de un hijo de nuestra tierra, un insigne segoviano que supo encajar los muchos reveses que le dio la vida gracias a la fe que desde niño mamó junto a las reliquias de San Frutos en nuestra Catedral, bajo el manto de la Virgen de la Fuencisla o frente a la imagen del Cristo de los Gascones, que entonces (como ahora) se veneraba en la iglesia de San Justo. Pero también la de un Hermano Alonso Rodríguez de la Compañía de Jesús. Puesto que no puede entenderse la figura de nuestro santo fuera de la espiritualidad de San Ignacio de Loyola, que él conoció en la Iglesia del jesuítico Colegio de los Santos Felipe y Santiago de Segovia, y después vivió en los de Valencia y Palma de Mallorca.

Y esto lo haré articulando a partir de ahora estas páginas alrededor de un pequeño dicho, o quizá más bien jaculatoria, que aprendí siendo novicio, de otro santo hermano jesuita como fue Tomás García de Muro, SJ<sup>3</sup>: *“Alonso fue honrado, virtuoso y santo. Honrado por segoviano, virtuoso por jesuita, por buen religioso santo”*.

## Honrado por segoviano

Alonso Rodríguez es, sin duda ninguna, uno de los segovianos más universales que han existido. Su fama y veneración se extienden a lo largo y ancho de nuestro mundo. Allí donde los jesuitas tienen o han tenido alguna comunidad u obra apostólica, suele haber una imagen suya, cuando no ocurre que la iglesia, el colegio o la comunidad lleven su nombre. Y es que, como nos recuerda el dicho, Alonso fue verdaderamente *“honrado por segoviano”*. Sin embargo, no me gustaría detenerme únicamente en la honra que los jesuitas y los fieles han tributado y tributan al santo, sino que quisiera hablar de él como de una persona honrada. Y esta característica nos lleva casi automáticamente a nuestra ciudad de Segovia, donde Alonso vivió su infancia y juventud.

No hay duda de que Alonso Rodríguez Gómez nació en la actual Plaza de Día Sanz. Una sencilla placa en la que fue su casa nos lo recuerda. Sin embargo, no está tan claro el día en el que nació, aunque parece más probable que fuera el 25 de julio del año 1531. Es casi seguro que fue bautizado a los pocos días en la Iglesia Parroquial de los Santos Justo y Pastor, aunque la falta de datos ha hecho a algunos pensar que pudiera haber recibido el bautismo en la Parroquia de Santa Columba<sup>4</sup>.

Alonso fue el segundo de los doce hijos que nacieron del matrimonio de Diego Rodríguez y María Gómez, una familia dedicada a una de las actividades mayoritarias en la rica ciudad de Segovia del siglo XVI: el comercio de la lana de oveja merina. Un hogar en el que se vivía con holgura, gracias al trabajo del padre y a los cuidados de la madre. Y, sobre todo, una familia cristiana en la que Alonso y sus hermanos pudieron aprender y vivir de manera totalmente natural el amor a Dios y la vivencia de los valores del Evangelio de Jesús.

---

<sup>3</sup> Talavera de la Reina, 15-2-1920, Alcalá de Henares 8-2-2014.

<sup>4</sup> Algunos autores así lo han creído, sin embargo, el hecho de que los hijos de San Alonso fueran bautizados en la Parroquia de San Justo, parece disipar esta duda. Cfr. CASANOVAS, SJ, I. *Vida de San Alonso Rodríguez, coadjutor temporal de la Compañía de Jesús*. Barcelona, Subirana, 1917, pág. 16.

Dentro de estos valores, Alonso aprendió, sin duda, a ejercitar las Obras de Misericordia, puesto que sabemos que su casa estaba dispuesta a dar posada a los peregrinos que lo necesitasen. De ello nos ha quedado constancia al saber que, en el año 1541, durante la visita que el jesuita San Pedro Fabro hizo a Segovia junto con el Doctor Ortiz, ambos fueron alojados por Diego Rodríguez en su finca de El Rafal<sup>5</sup>. Dicho terreno se ubicaba en el actual barrio de El Sotillo, muy cerca de la parroquia que hoy lleva el nombre de San Alonso Rodríguez. Allí la familia poseía una casa junto a los prados destinados al ganado lanar. La tradición ha querido imaginar que Diego encargaría al segundo de sus hijos, que por aquel entonces contaba con diez años, el cuidado de los huéspedes. Y también el hecho de que el pequeño Alonso hubiera recibido durante aquellos días su primera comunión de manos del Padre Fabro, después de unas catequesis impartidas por este jesuita.

Sea como fuere, lo cierto es que tanto Alonso como su familia pudieron escuchar en primera persona las enseñanzas de uno de los tres primeros jesuitas, de los que sin duda habían oído hablar ya con anterioridad, puesto que la fama de la Compañía de Jesús en la Castilla del siglo XVI iba en aumento. Seguramente, el segundo hijo de los Rodríguez quedaría impresionado y fascinado por las palabras de Pedro Fabro y por el modo de vida de esta nueva Orden religiosa. Aquellos breves días junto a estos huéspedes, serían una semilla que cayó en el corazón de Alonso, y que germinaría años después, al ser regada por las circunstancias que propiciaron su vocación religiosa.

Lo cierto es que, tras esta visita, la familia honrada de los Rodríguez decidió hacer un esfuerzo importante en sus vidas, enviando a sus dos hijos mayores a estudiar al colegio que la Compañía de Jesús había apenas abierto en Alcalá de Henares. Allí conocerían Diego y Alonso al Padre Francisco de Villanueva, hombre sabio y santo que prácticamente dirigió la fundación de dicho colegio. Seguramente, Alonso disfrutó del ambiente espiritual y académico del colegio y, siendo consciente del sacrificio que, para sus padres, implicaba tenerlos allí, se dedicaría al estudio con diligencia e interés. En Alcalá conocería Alonso el modo de orar de San Ignacio de Loyola y sin duda tendría algún acercamiento a la experiencia de los *Ejercicios Espirituales*, que ayudaría a que su relación y amistad con el Señor fuera creciendo y madurando. Sólo Dios sabe lo que hubiera pasado si Alonso hubiese podido concluir sus estudios en Alcalá, pero no parece descabellado pensar que probablemente hubiera entrado en la Compañía de Jesús y se hubiera ordenado sacerdote.

Pero las circunstancias de la familia Rodríguez Gómez cambiaron drásticamente con la muerte de Diego, su cabeza a finales del año 1544. Su viuda, María, quedó sola a cargo de sus hijos y también del negocio familiar, que ya por aquel entonces empezaba a experimentar la crisis ocasionada por la dura competencia de los paños de Flandes. Consciente de que era imposible hacer frente a toda aquella realidad, también de la necesidad de una figura masculina en la familia y, sobre todo en lo que tocaba a su sustento, esta buena mujer decidió llamar a uno de sus hijos mayores a Segovia, para que la ayudara. Y, curiosamente, el elegido no fue Diego, el mayor, sino que fue el segundo, Alonso, quien tuvo que abandonar sus estudios para volver a su ciudad natal junto a su madre y hermanos. La razón de esta decisión sigue siendo a día de

---

<sup>5</sup> Aunque dicha visita haya sido puesta en duda por algunos autores de textos más recientes, lo cierto es que ya se recoge en las primeras biografías del Santo. Dicho hecho hace pensar en la veracidad de la estancia de Fabro y Ortiz en El Rafal. Cfr. MARTINEZ SJ, N. *Compendio de la vida, virtudes y milagros del venerable Siervo de Dios, el Hermano Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús. Coadjutor temporal formado*. Madrid, Antonio Pérez de Soto, 1765, pág. 7.

hoy desconocida, aunque con probabilidad atendiera al hecho de que Diego, al ser mayor, llevaría más adelantados sus estudios. Sin embargo, queda en el aire la posibilidad de que Alonso estuviera estrechamente unido a su madre, o quizá que ella viera en este joven de quince años algunas dotes para el mundo empresarial.

Lo cierto es que las circunstancias no fueron tan propicias como María hubiera podido desear. Personalmente pienso que esto ocurrió por dos razones. La primera viene derivada del hecho de que el negocio lanar, con toda su complicación, quedó en manos de una pobre viuda y del que era apenas un muchacho. La segunda, y no menos importante, sería debida a la virtud con la que estoy identificando a San Alonso en esta primera parte de su vida: la honradez. Y es que Alonso fue, desde su juventud, una persona honrada, quizá incluso en exceso, cosa que ni entonces ni ahora suele ser buena para sobrevivir en el mundo de los negocios. Alonso confiaría en la buena fe de las personas, buscando siempre el beneficio de ambas partes, sin tener en cuenta que en muchas ocasiones los demás se aprovecharían de su honradez e inocencia. De ello probablemente se dio cuenta su madre desde el primer momento, como nos lo demuestra el hecho de que, aunque Alonso estuvo al frente del negocio desde los catorce años, no permitió que su firma tuviera validez hasta que éste cumplió los veintitrés.

Todo esto nos ayuda a imaginar cuál sería la situación y consideración del que en otro tiempo fuera el floreciente negocio de Diego Rodríguez, en el panorama comercial castellano. Sin embargo, aunque Alonso a ojos del mundo probablemente fuera considerado un mal comerciante, lo cierto es que no lo era así para la mayoría de las gentes sencillas de la ciudad de Segovia. Varios testimonios piadosos recogidos para su causa de beatificación afirman que la tienda de los Rodríguez era un lugar seguro, donde se podía enviar a los niños a comprar con la certeza de que su dueño nunca trataría de engañarles y además, siempre procuraría darles algún obsequio. Quizá sea muy aventurado expresarlo así, pero a mí me da devoción imaginar este establecimiento como una especie de preludio de la portería del Colegio de Montesión.

Pero, como se puede imaginar, la honradez de Alonso no sirvió para salvar el negocio de los Rodríguez. Las deudas fueron haciéndose cada vez más insoportables y fue necesario buscar una solución. Ésta no fue otra que la decisión de María Gómez de que Alonso se casara con María Juárez, una joven de una familia con una posición económica más desahogada que la suya. No sabremos nunca los sentimientos de Alonso con respecto a María, pero con toda probabilidad, su voluntad primera no fuera la de la vida matrimonial<sup>6</sup>. Seguramente aceptaría este hecho con una resignación casi semejante a la obediencia religiosa con la que vivió su vida posterior. Aunque todo ello no implica que, de este matrimonio, más bien interesado, no surgiera después el amor conyugal, cuyos frutos fueron los dos o quizá tres hijos que la pareja trajo al mundo<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> En este punto se puede citar la simpática anécdota de la pugna por la santidad de Alonso que se han disputado entre Segovia y Palma. Los segovianos han defendido siempre que San Alonso es un santo hijo de su tierra, mientras que los mallorquines sostienen que lo es de la suya al haberse santificado allí. Ante esta afirmación, los segovianos responden diciendo que donde realmente comenzó a santificarse Alonso fue en su vida matrimonial segoviana.

<sup>7</sup> Don Diego de Colmenares y el Padre Colin hablan de una hija y un hijo del matrimonio. Sin embargo, la investigación posterior solamente se han encontrado testimonios del nacimiento de dos varones. *Vid. COLIN, SJ, F. Vida, Hechos y doctrina del Venerable Hermano Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesu, dispuesta por el Padre Francisco Colin, Rector del Colegio de Manila.* Madrid, Domingo García y Borrás, 1652, págs. 3-6, ROIG, SJ, R. *Alonso Rodríguez, el santo de Montesión.* Bilbao, Mensajero, pág. 20.

Sin embargo, el matrimonio Rodríguez Juárez no fue la solución a los problemas económicos de la familia, sino que más bien éstos fueron complicándose sin remedio. Con toda seguridad, Alonso vivió estos momentos con la angustia de no estar cumpliendo con su obligación de mantener el negocio que debía sustentar a los suyos como en épocas anteriores. A estos sinsabores cotidianos se fueron añadiendo otros de mayor envergadura, como fueron la muerte de una de sus hijas y la de su mujer. Ante este panorama, con apenas treinta y dos años, viudo y con un hijo, Alonso decidió dejar su hogar para volver al domicilio familiar. Allí, lejos de encontrar paz y protección, terminó de ver la ruina de su negocio y enterró a su hijo y a su madre. Por todo ello, no ha faltado quien ha comparado su vida en Segovia con la historia de Job. Y no es descabellado imaginar que, en sus oraciones, el santo repitiera en estos años las palabras del anciano de la Biblia: *“Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allí. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor”*<sup>8</sup>. Pero, al igual que ocurre con Job, las desgracias de Alonso no tuvieron un final amargo, sino que constituyeron de algún modo esa senda estrecha por la que poco a poco fue llegando a la vocación que Dios le tenía preparada en esta vida.

No quisiera terminar este recorrido por la honradez segoviana de San Alonso Rodríguez sin referirme a las dos personas con las que más compartió esta virtud durante sus años en Segovia. Me refiero a sus hermanas Juliana y Antonia, con las que el santo vivió en Segovia una especial relación durante toda su vida, pero especialmente durante los años de su viudez. Estas dos hermanas fueron realmente dos mujeres de Dios. Solteras ambas, vivieron con un estilo sencillo y austero, dedicadas a la oración, a la penitencia y a la caridad. Frecuentaban la iglesia del Colegio de la Compañía y tenían una relación epistolar con su hermano en la que siempre practicaban lo que San Ignacio de Loyola llama la “conversación espiritual”. Ambas murieron con fama de santidad en Segovia y fueron enterradas en la iglesia del Colegio de la Compañía. Y aunque sus nombres no aparezcan en el martirologio romano y, poco a poco fueran siendo olvidadas por los segovianos, creo que, junto a su hermano, forman parte del santoral segoviano.

## **Virtuoso por jesuita**

Probablemente no todos los jesuitas sean virtuosos, al igual que no todos los segovianos son honrados, pero lo cierto es que, en el caso de San Alonso Rodríguez, ambas virtudes se conjugan a la perfección. Él fue un jesuita lleno de virtudes y con ellas contribuyó a santificar el cuerpo apostólico de la Compañía de Jesús, fundado por San Ignacio de Loyola en el año 1540.

Son conocidas las dificultades que Alonso experimentó al tratar de cumplir las mociones de entrar en la Compañía de Jesús que Dios ponía en su corazón<sup>9</sup>. El problema fundamental fue que, una vez viudo y sin hijos, sus treinta y ocho años de edad le impedían estudiar y hacían que sus fuerzas estuvieran mermadas para el trabajo físico. Estos fueron, sin duda, los motivos que hicieron que los cuatro padres del colegio de Segovia que examinaron a Alonso, decidieran juzgarlo no apto para ser jesuita. Sin embargo, no debe pensarse que tomaran dicha decisión movidos por un criterio particular o elitista, dado que lo hicieron sin duda ninguna interpretando

---

<sup>8</sup> Job 1, 21.

<sup>9</sup> Es conocido el sueño de los cuervos y el ave blanca con el nombre de Jesús en su pecho que San Alonso relató a su confesor, el Padre Martínez, en 1568. Vid. SEGARRA, SJ, V. *Autobiografía, o sea, Memorial o Cuentas de Conciencia escritas por el mismo santo por mandato de sus superiores*. Barcelona, Borgiana, 1956, págs. 33-34.

los criterios que San Ignacio de Loyola da para ello en las Constituciones de la Compañía de Jesús:

“Primeramente algunos se reciben para hacer profesión en ella con cuatro votos solemnes (como está dicho) primero haciendo experiencias y probaciones debidas, y estos deben ser suficientes en letras, como se dice en las Constituciones adelante, y probados en la vida y costumbres a la larga, conforme a lo que se requiere a tal vocación, y todos han de ser antes de la profesión sacerdotes.

(...) De los segundos, aunque puedan ocuparse en cosas mayores, según el talento que Dios nuestro Señor les diere, es más propio ejercitarse en todos los servicios bajos y humildes que les mandaren (...) ganando por su parte entera y siendo participantes en todas las buenas obras que Dios nuestro Señor por toda la Compañía se dignare obrar en su mayor servicio y alabanza”.<sup>10</sup>

Como es sabido, dicha decisión no fue definitiva para Alonso. Debía sentir de una manera tan fuerte que Dios le estaba llamando a ser jesuita que decidió ponerse en camino hacia Valencia para contrastar estas mociones con el que había sido su director espiritual durante años en Segovia: el Padre Santander. Sin duda, en este punto, Alonso se encontró sumido en un dilema espiritual de hondo calado. Por un lado, tenía la certeza de que el Espíritu Santo le empujaba hacia la Compañía de Jesús, pero por el otro se topaba con la negativa de ésta a admitirle entre sus filas. Además, probablemente influido por la respuesta de los jesuitas, sufre y duda de su idoneidad para esta vocación, tal y como lo recogen sus propias palabras:

“¿Cómo has de atreverte a vivir en compañía de tales santos? ¿No sería esto querer oscurecer con tus tibiezas e imperfecciones el esplendor de tantas virtudes como brillan en estos varones de Dios?”.<sup>11</sup>

Sin embargo, aunque no sin dificultades y vicisitudes, la respuesta de los padres del Colegio de Valencia fue diferente a la de los de Segovia. Y así, el 31 de enero de 1571 Alonso es admitido en la Compañía de Jesús por el Padre Cordeses, Provincial de Aragón, con las famosas palabras: “*Recibámosle para santo*”. Las causas de esta opinión fueron probablemente debidas a que el Padre Santander habló mucho y muy bien de Alonso a la Consulta de la Provincia y también que el Padre Cordeses tendría ocasión de conocer a este inusual candidato y pudo ver en él muchas virtudes que ayudaban a contrarrestar su aparente inaptitud para la Compañía. Si bien fue consciente de que no podría cumplir los puntos del examen que antes se han dicho, probablemente vio que su vida encarnaría sin lugar a dudas los que se encuentran justo después:

“Y con todo esto se deben esforzar en las conversaciones espirituales de procurar el mayor provecho interno de los prójimos, y mostrar lo que supieren y mover a hacer el bien a los que pudieren, como el Señor nuestro a cada uno haya dado cura de su prójimo.

(...) No debe pretender más letras de las que sabía cuando entró; más debe perseverar con mucha humildad, sirviendo en todo a su Criador y Señor en la su primera vocación, y procurar de crecer en abnegación de sí mismo y en el estudio de las verdaderas virtudes.

Demándese a los tales coadjutores, como cosa propia de su vocación, si serán contentos y quietos de servir a su Criador y Señor en los oficios y ministerios bajos y humildes, en beneficio de la Casa y Compañía, cualesquiera que sean, aparejados para acabar en ellos todos los días de su vida,

---

<sup>10</sup> IGNACIO DE LOYOLA, SANTO. *Constituciones de la Compañía de Jesús. Primero examen y general que se ha de proponer a todos los que pidieren ser admitidos en la Compañía de Jesús*. Roma, Curia del Prepósito general de la Compañía de Jesús, 1995, págs. 50 [14,10] y 72 [112,1].

<sup>11</sup> ROIG, SJ, R. *Alonso Rodríguez...* pág. 25.



creyendo en esto servir y alabar a su Criador y Señor, haciendo todas las cosas por su divino amor y reverencia”.<sup>12</sup>

Como puede verse, el Padre Cordeses no iba nada desencaminado en el juicio que Alonso le mereció. Ya que las palabras del *Examen Particular* que se acaban de exponer, pueden aplicarse con toda su profundidad a la vida religiosa que Alonso Rodríguez llevó como hermano portero del Colegio de Montesión.

Pero, aunque sólo sus años de servicio humilde en la portería serían suficientes para justificar su canonización, lo cierto es que Alonso brilla en el santoral con otras muchas virtudes que le distinguen como un buen jesuita. Entre ellas quiero resaltar tres, vinculándolas con la espiritualidad que San Ignacio de Loyola nos dejó en sus escritos. Éstas son: la obediencia, la humildad y la amistad en el Señor, irremediabilmente unida con la conversación espiritual.

La primera de todas ellas es la obediencia. Esta virtud es para San Ignacio una de las más importantes y como tal debe ser una característica constitutiva del religioso de la Compañía. Así lo expresó en sus Constituciones, que sin lugar a dudas Alonso conoció, leyó, meditó y convirtió en norma de su vida:

“La cual (santa obediencia) todos se dispongan mucho a observar y señalarse en ella, no solamente en las cosas de obligación, pero aún en las otras, aunque no se viese sino la señal de la voluntad del Superior sin expreso mandamiento, teniendo entre los ojos a Dios nuestro Criador y Señor, por quien se hace la obediencia, y procurando de proceder con espíritu de amor y no turbados de temor. (...) En manera que en todas las cosas a que puede con la caridad extenderse la obediencia, seamos prestos a la voz de ella como si de Cristo nuestro Señor saliese, pues en su lugar y por su amor y reverencia las hacemos (...). Que la santa obediencia, cuanto a la ejecución y cuanto a la voluntad y cuanto al entendimiento, sea siempre en todo perfecta, haciendo con mucha presteza y gozo espiritual y perseverancia cuanto nos será mandado, persuadiéndonos ser todo justo, y negando con obediencia ciega todo nuestro parecer y juicio contrario en todas cosas que el Superior ordena, donde no se pueda determinar que haya alguna especie de pecado (...). Porque así el obediente para cualquier cosa en la que le quiera el Superior emplear en ayuda de todo el cuerpo de la religión, debe alegremente emplearse, teniendo por cierto que se conforma en aquello con la divina Voluntad, más que en otra cosa de las que él podría hacer siguiendo su divina voluntad y juicio diferente”.<sup>13</sup>

Creo que es necesario entender la obediencia ciega de Alonso desde este presupuesto ignaciano. Puesto que, de lo contrario, su ciega sumisión a todos los mandatos de los superiores (que llena sus antiguas hagiografías de anécdotas pintorescas) se hace francamente difícil de entender para los cristianos del siglo XXI. En este sentido y en otros muchos, Alonso debe ser leído desde las circunstancias de su tiempo, y entendido desde las claves profundas que le movieron a realizarlas. Así, se entiende que lo que el santo de Montesión pretendía con su obediencia hasta en las más nimias cosas a sus superiores no era otra cosa que obedecer a Cristo en ellas, consciente de que *“quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho”*<sup>14</sup>. En el fondo podría decirse que la obediencia de San Alonso es muy semejante a su famoso *“ya voy Señor”*, puesto que, en ambos casos, el santo supo ver en la otra persona a Cristo y tratarle como tal.

Otro hecho que sin duda marcó su manera de obedecer aconteció en 1570, durante su estancia en Valencia, previa a la entrada en la Compañía de Jesús. Allí durante unos meses el santo se

---

<sup>12</sup> IGNACIO DE LOYOLA, SANTO. *Constituciones...* págs. 72-73 [115,4, 117,6, 118,7].

<sup>13</sup> *Ibid.* Págs. 179-180, [547,1].

<sup>14</sup> Lucas 16, 10.

dedicó sin demasiado éxito al estudio, para tratar de adquirir los conocimientos básicos para la ordenación sacerdotal y así poder ingresar en la Compañía con más facilidad. Él mismo refiere como en aquel tiempo conoció a un estudiante que le invitó a entregarse con él a una vida de oración y penitencia en una de las ermitas de la villa de San Mateo, cercana a Castellón de la Plana. Alonso, cansado y desanimado por sus fracasos en los estudios, se retiró allí sin avisar a nadie, ni siquiera a su espiritual, el Padre Santander. Después de un tiempo decidió volver a Valencia para informar a dicho padre de su nuevo modo de vida, a la vez que para despedirse de él. Pero su sorpresa fue que el jesuita, lejos de alabar su opción, le reprendió por ella, haciéndole ver que lejos de cumplir la voluntad de Dios, lo que estaba haciendo era huir de ella, cumpliendo además la suya propia. Alonso quedó espantado ante esas palabras y así decidió apartarse de aquella vida ermitaña, para entregarse a la vida comunitaria y de obediencia de la Compañía de Jesús<sup>15</sup>.

Dicha experiencia debió quedar grabada a fuego en su alma, y así se decidió a obedecer a sus superiores durante toda su vida. Y con estas palabras se lo hizo saber al Padre Santander en aquel mismo instante: *“Desde ahora digo que no quiero hacer mi voluntad en todos los días de mi vida, y yo me pongo en manos de vuestra Reverencia para que de mí se haga a su voluntad para la gloria de Dios”*.<sup>16</sup>

Como ya he dicho, su manera de entender la obediencia da lugar a una serie de anécdotas de lo más pintoresco, que en no pocas ocasiones resultan difíciles de encajar a los cristianos de hoy en día. Por este motivo no quiero referirme más que a dos de ellas, puesto que pienso que, desde su sencillez, nos abren a la profundidad de su espíritu, a la vez que pueden servirnos de ejemplo en nuestro seguimiento de Jesucristo.

La primera de ellas tiene que ver con la obediencia, pero también con el trato igualitario a las personas, sea cual sea su cargo o rango. Sobra decir que esto que hoy a veces es común e incluso valorado en muchos ámbitos, no lo era en la ciudad de Palma de finales del siglo XVI. Y así sucedió que con motivo de la celebración de un acto académico en Montesión, se invitó al señor obispo, al virrey, a la nobleza y a las principales personalidades del clero de la ciudad. El superior de la casa, consciente de la gran afluencia de gente que acudiría, dio órdenes a San Alonso de no abrir la puerta hasta una hora determinada. Y para asegurarse que el hermano portero y toda la comunidad habían entendido la importancia del hecho, añadió que llamase quien llamase, no se abriese la puerta, ni aunque fuera el mismísimo virrey.

Pero quiso la casualidad que justamente el virrey, Don Luis Vich y Manrique de Lara, junto con su hermano, Don Juan, obispo de Mallorca<sup>17</sup>, llegaran al colegio con todo su séquito antes de la hora indicada por el superior. Comenzaron a llamar sin ningún éxito, y cuando por fin lograron que Alonso les respondiera, éste les explicó que en virtud de santa obediencia no podía abrirles la puerta. Enterado otro jesuita de la comunidad de lo que estaba pasando en la portería, acudió en busca del superior, quien arregló el entuerto dejando entrar a los ilustres invitados y reprendiendo duramente al santo por su falta de entendimiento. Seguramente Alonso quedó

---

<sup>15</sup> Vid. COLIN, SJ, F. *Vida, Hechos y doctrina...* págs. 10-12.

<sup>16</sup> (Anónimo, 1943), *Vida de San Alonso Rodríguez S.I. Coadjutor temporal de la Compañía de Jesús, por un socio del Apostolado de la Prensa*. Madrid, Apostolado de la Prensa, 1943, pág. 36.

<sup>17</sup> Juan Vich y Manrique de Lara, quien llegaría después a ser arzobispo de Tarragona. Durante su episcopado se concluyó la construcción de la catedral. Ambos hermanos pertenecían a la nobleza valenciana por linaje paterno y a la castellana por materno.



algo triste en lo exterior por recibir tal amonestación, pero en su interior tuvo la alegría y la seguridad de que había hecho lo correcto con su obediencia.

La segunda anécdota nos habla de la obediencia, pero también del espíritu misionero del santo segoviano, del que hablaré también más adelante. Cuentan sus biógrafos que Alonso tenía una gran preocupación por la predicación del Evangelio en el Nuevo Mundo, pero a la vez era consciente de que, con su edad y sus mermadas fuerzas, poco podía ofrecer a la empresa misionera de la Compañía de Jesús. En una ocasión el Superior del Colegio le preguntó la razón por la cual no se había ofrecido nunca para ir a las misiones. Alonso contestó explicando que él era hijo de la obediencia y por tanto estaba seguro de que, si Dios quisiera que fuera a las Indias, inspiraría a sus superiores para que se lo ordenaran. Ante esta respuesta, el superior le dijo que se fuera a las Indias, puesto que él así lo mandaba. Sobra decir que, ante dicha situación, Alonso salió corriendo escaleras abajo, dando gritos de alegría y dispuesto a embarcarse en la primera nave que encontrase en el puerto. Al llegar a la portería, se encontró con un hermano que, estando al corriente del asunto, le preguntó cómo marchaba sin ningún equipaje y le pidió la patente del superior con la que pudiera probar por escrito su nuevo destino. Al volver al despacho del superior para recoger el documento, éste le explicó que todo aquello había sido una simpática prueba, a la vez que alabó su obediencia, su espíritu misionero y su celo por la salvación de las almas.<sup>18</sup>

La segunda de las virtudes del santo jesuita que voy a tratar es la de la humildad. No hay duda de que Alonso Rodríguez es un santo humilde por antonomasia, pero al igual que pasaba con la obediencia, en ocasiones su humildad llega a tales extremos de desprecio de sí mismo que se nos hacen difíciles de comprender. También en este caso, sus actos tienen un origen claro en el Evangelio: “*Quien se enaltezca será humillado y quien se humille será enaltecido*”<sup>19</sup>, interpretado desde la espiritualidad de San Ignacio de Loyola. Éste, en sus *Ejercicios Espirituales* propone en varias ocasiones a Jesús como modelo de humildad para aquellos que quieran seguirle. Pero hay un momento en el que San Ignacio presenta tres maneras de humildad, que van *in crescendo* hacia una mayor perfección en el seguimiento del Señor:

“La tercera humildad es humildad perfectísima, es a saber cuando, incluyendo la primera y la segunda, siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Christo Nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Christo pobre que riqueza, opprobios con Christo lleno dellos que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Christo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo”<sup>20</sup>.

San Alonso conocía este texto a la perfección, hasta el punto de haberlo hecho suyo por la cantidad de veces que lo habría considerado y meditado. Por ello no faltan en sus obras y apuntes espirituales referencias a los deseos de pobreza, sufrimientos y deseos de ser tenido por un loco por Cristo, como los había tenido ya San Ignacio de Loyola. Y así, procura siempre quedarse con la peor parte en cuanto a bienes materiales se refiere, resaltando en este punto las ocasiones de mortificación que le presentaban las horas de las comidas. Sufre en su cuerpo con duras penitencias con el deseo de sacrificarse junto al Señor, y soporta con paciencia todas

<sup>18</sup> Cfr. MARTINEZ SJ, N. *Compendio de la vida...* págs. 59-62.

<sup>19</sup> Marcos 23, 12.

<sup>20</sup> IGNACIO DE LOYOLA, SANTO. *Obras de San Ignacio de Loyola. Transcripción, introducciones y notas de Ignacio Iparagirre S.I. y Cándido Dalmases S.I. del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús (Roma) y Manuel Ruiz Jurado S.I. profesor de Historia de la Espiritualidad de la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma)*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1997, pág. 259.

las ocasiones en las que los demás le tienen por necio y poca cosa, sobre todo por su modo ciego de obedecer a los superiores.

Creo que en este punto no son necesarias las anécdotas piadosas, que se encuentran a la disposición de devotos y curiosos en las páginas de sus hagiografías, cuanto la lectura y meditación de las oraciones que el mismo santo escribió en esta materia de humildad sufrimiento:

“¡Oh Dulcísimo Jesús, amor de mi alma y de mi corazón! ¿Quién, Señor, habrá que no quiera de muy buena gana padecer penas y tormentos por tu amor, pues tú, por el mío, tantas pasaste, Dios mío? Oh penas, ¿a dónde os habéis ido? Que yo os espero para que hagáis morada en mi corazón: porque yo con ellas me recreo y me iré al corazón de mi Jesús crucificado, a hacer morada en él con ellas. Oh tormentos, ¿qué hacéis que no venís sobre mí, que os aguardo con los brazos abiertos, para gozar de vosotros con mi Jesús atormentado? Oh deshonras, ¿por qué me olvidáis, que yo no os olvido a vosotras por lo mucho que os amo, para verme con ellas abajado con mi Jesús y humillado? Oh millanares de muertes afrentosas, ¿cómo no venís sobre mí, pues tanto os deseo continuo, para hacer sacrificio de mí, a mi dulce Jesús?

Venid, pues, todos los géneros de trabajos que en el mundo hay, sobre mí, porque éste es mi consuelo, padecer por Jesús; ésta es mi alegría, seguir a mi Señor y consolarme con el consolador crucificado; éste es mi contento, éste es mi deleite, vivir con Jesús, tratar con Jesús; padecer con él y por él, éste es mi regalo. Por tanto, consuélennme todas las criaturas persiguiéndome, porque este es mi consuelo. No haya quien se apiade de mí, para que más pura y sin consuelo sea la cruz con mi Señor desconsolado, para que viva y acabe en cruz con él en compañía suya, y padeciendo acabe en su amor muriendo por él. Amén”.<sup>21</sup>

Después de acercarnos a la impresionante intimidad mística de estas palabras, se podría comparar, siguiendo de algún modo a San Pablo, la vida de humildad y penitencia de San Alonso con la de un deportista de nuestro tiempo. Ambos son conscientes de un objetivo, y ambos se infringen privaciones, sufrimientos y durezas con tal de ir poco a poco mejorando y acercándose a él. Alonso Rodríguez quiere y desea con toda su alma padecer con Cristo para así poder entrar con él en la gloria<sup>22</sup>, y así todo le parece poco cuando se trata de sufrir por su Señor.

Pero, pese a todos sus deseos de padecer con Cristo, hubo un sufrimiento que atormentó y superó a San Alonso durante toda su vida, y éste fue el miedo a ser expulsado de la Compañía de Jesús. Él estaba convencido de que la vocación a la que Dios le llamaba estaba en la Compañía, a la que amaba con todas sus fuerzas, llegando a decir que, en el conjunto de las religiones, ésta era el sol y el resto serían las estrellas<sup>23</sup>. Por ello Alonso sufre al pensar que, dada su edad, sus pocas fuerzas y la poca utilidad de sus ministerios, sea expulsado de la Compañía y no pueda por tanto cumplir la voluntad de Dios sobre su vida. Pero en medio de esta angustia, el santo confiaba siempre en el Señor que le llamó, a la vez que le ofrece sus sufrimientos y sinsabores:

“Más le aconteció a esta persona que ha vivido algunos años con temor no le despidiesen de la Compañía: y pensando entre sí, qué cosa le podría dar más pena en esta vida, halla que era el despedirle de la Compañía. Y como esta persona con sus trabajos acudiese a Dios a pedirle favor,

<sup>21</sup> SEGARRA, SJ, V. *Autobiografía...* pág. 149.

<sup>22</sup> San Ignacio de Loyola, en los *Ejercicios Espirituales* pone en boca de Cristo las siguientes palabras: “*Quien quisiere venir conmigo, ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc. Asimismo, ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche etc. Porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como lo ha tenido en los trabajos.* IGNACIO DE LOYOLA, SANTO, *Obras...* pág. 246.

<sup>23</sup> Vid. SEGARRA, SJ, V. *Autobiografía...* pág. 182.

viéndole a la memoria, si algunos no venían en que se quedase, y él desease tanto vivir en ella, vivió en estos temores pares de años: y acudió Dios a consolarle, oyendo una voz que le decía “Basta que lo quiera yo”, como quien dice: “Si todo el mundo lo contradijere, basta que lo quiera yo, para que se haga lo que yo quiero y no lo que ellos”. Y como esta persona estimase tanto el entrar en la Compañía y mucho tiempo, ordenó Dios de cumplirse sus buenos deseos, porque ya ha más de treinta y cinco años que está en ella. Gloria sea al Señor”.<sup>24</sup>

La tercera de las virtudes de San Alonso que quisiera destacar es la de la amistad. Pero, dado que estamos acercándonos a él como jesuita, ésta amistad no puede ser de cualquier tipo, sino que debe ser al estilo de San Ignacio de Loyola. Es sabido que la Compañía de Jesús, aunque fundada por San Ignacio, tiene sus orígenes en un grupo de compañeros, estudiantes de teología, que convivieron en París en la primera mitad del siglo XVI. A este grupo de primeros padres, San Ignacio se refiere en una carta con el apelativo de “amigos en el Señor”<sup>25</sup>. Dicho género amistad, tiene su fundamento en Cristo y en la vocación a la que éste llama, y por tanto ha constituido un modelo para la vida de los jesuitas de todos los tiempos. Y, como no podía ser de otra manera, éste fue el tipo de amistad que vivió San Alonso Rodríguez con sus compañeros jesuitas.

Contra lo que algunos suelen imaginar, Alonso no fue una persona solitaria y aislada, sino que más bien fue un santo de las relaciones personales. Como se verá más adelante, por su oficio de portero pudo tener trato con todo tipo de personas, y además tuvo facilidad para establecer familiaridad con ellos. Entre todas estas personas con las que en su vida trató, Alonso tuvo verdaderos amigos: tuvo amigos en el Señor. Aunque sin duda éstos fueron muchos, los escritos sobre su vida nos destacan con fuerza a dos de ellos: el Hermano Jaime Ruiz y San Pedro Claver.

El primero de ellos, el Hermano Jaime Ruiz, era uno de los cocineros del Colegio de Montesión. Fue para Alonso una especie de alma gemela, con quien podía orar, practicar la tan jesuítica conversación espiritual, así como compartir sus inquietudes, alegrías y penas. Jaime, como Alonso, vivía dedicado al trabajo y la oración, dividiendo su tiempo entre la cocina y la meditación en la tribuna de la iglesia. Era terriblemente austero y amante de la penitencia, y por los testimonios que nos han llegado, su trato era fácil y amable, procurando siempre pasar desapercibido y hacer la vida más fácil a los demás. No es de extrañar pues, que estas dos personas congeniaran tan bien y pudieran compartir tantos años de vida entregada al servicio de Dios en la Compañía de Jesús.<sup>26</sup>

El segundo de los amigos de San Alonso Rodríguez es mucho más conocido, al haber sido precisamente elevado a los altares el mismo día que él. Se trata del jesuita ilerdense San Pedro Claver. Éste conoció a San Alonso durante sus tres años de estudio de filosofía en el Colegio de Montesión, y sin duda aprendió de él muchas de las lecciones más importantes de su vida.

Pedro contaba por aquel entonces con veinticinco años, mientras que Alonso ya había cumplido los setenta y cinco. Pero ni la diferencia de edad ni de momento vital en que cada uno de los dos se encontraba, fueron obstáculo para que entre ellos surgiera una profunda y fecunda amistad que marcó a fuego la vida de Claver. El joven jesuita acudía siempre que podía a practicar la conversación espiritual con el anciano hermano. Y allí, en aquellas charlas en la portería, Alonso

---

<sup>24</sup> *Ibid.* Pág. 65.

<sup>25</sup> “De París llegaron mediado enero, nueve amigos míos en el Señor”. Carta de San Ignacio a Juan de Verdolay, en IGNACIO DE LOYOLA, SANTO. *Obras de San Ignacio de Loyola...* pág. 738.

<sup>26</sup> *Vid.* ROIG, SJ, R. *Alonso Rodríguez...* págs. 65-67.

Rodríguez hizo ver a Pedro Claver cuánto bien podría hacer ofreciéndose como misionero para ir a las Indias, cosa que éste realizaría pocos años después. De hecho, no falta quien afirma que San Pedro Claver, con su vida de entrega total a los esclavos negros en Cartagena de Indias, fue en realidad el Alonso que no pudo ser, dadas sus condiciones vitales al entrar en la Compañía de Jesús<sup>27</sup>.

## Por buen religioso, santo

No hay ninguna duda de que Alonso Rodríguez fue un buen religioso, y precisamente por ello alcanzó la santidad. Son muchos los testimonios que nos refieren cómo vivió su vida sencilla y ordinaria de una manera totalmente extraordinaria. Su secreto y clave no fueron otros que los del resto de los Hermanos de la Compañía de Jesús, que de alguna manera queda resumida en esta breve máxima:

“Manos que trabajan son buenas manos, manos que oran son mejores. Manos que trabajan y oran a la vez son las mejores y las que más hacen. Estas son las manos del Hermano Jesuita”.<sup>28</sup>

Y es que, la vocación del hermano en la Compañía de Jesús, en contra de lo que algunos pudieran pensar, participa plenamente en el carisma de contemplación en la acción de San Ignacio de Loyola. En ellos no existe la división entre vida activa y contemplativa que muchos han querido ver en el relato de Marta y María<sup>29</sup>, sino que más bien su modelo y fuente de inspiración se encuentra en la Virgen María. Ella fue a la vez una sencilla mujer trabajadora, entregada a las tareas del hogar de Nazaret, y sin lugar a dudas una mujer de mística oración, que sabía relacionarse con Dios por medio de su Hijo, y también conservando y meditando todo en su corazón<sup>30</sup>. Por ello es habitual que entre los hermanos jesuitas se dé casi de manera espontánea una gran devoción hacia la Madre de Dios. Y Alonso Rodríguez, como no podía ser de otra manera, siempre cultivó dentro de sí el amor hacia la Virgen, especialmente en el misterio de su Inmaculada Concepción, que desde niño había conocido en su ciudad de Segovia<sup>31</sup>.

No hay duda de que si por algo es conocido San Alonso Rodríguez es por haber sabido santificar su vida ordinaria, siendo capaz de llevar a su cotidianidad aquella frase de Jesús que afirma: “*Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis*”.<sup>32</sup> Alonso vivió plenamente esta realidad desde su humilde trabajo de la portería de

---

<sup>27</sup> Vid. CASANOVAS, SJ, I. *Vida de San Alonso Rodríguez... págs. 220-223.*

<sup>28</sup> Esta frase fue muy popular entre los hermanos jesuitas durante la primera mitad del siglo XX, sirviendo incluso como propaganda vocacional para muchos de ellos. Por ello aquí quisiera recordar al Hermano Andrés Huzmán Domínguez, SJ (Coín, 25-4-1929, Lérida 7-4-2015), de quien yo la aprendí de sus labios y de su testimonio.

<sup>29</sup> Lucas 10, 38-41.

<sup>30</sup> Lucas 2, 19.

<sup>31</sup> Algunos autores como los padres Casanovas y Roig afirman que la devoción de Alonso a la Inmaculada Concepción vendría de la popularidad de la Purísima en la Isla de Mallorca. Sin embargo, el Padre Segarra no duda en afirmar que dicha se inició en Segovia, durante los primeros años de vida de San Alonso, y cita para ello las siguientes palabras del Padre Muñana: “*La devoción a la Inmaculada la había bebido Alonso con la leche de los pechos de su madre. No hay ciudad conocida, que le aventaje a Segovia en su amor a su Madre inmaculada. El Ayuntamiento de Segovia se glorió de ser el primero de todos los del mundo en haber hecho voto de defender tan dulce y excelsa prerrogativa, entonces solamente piadosa creencia. Y esta prueba baste para declarar que el amor a María Inmaculada lo traía impreso en su corazón desde su más tierna infancia*”. SEGARRA, SJ, V. *Autobiografía... pág. 62.*

<sup>32</sup> Mateo 25, 40.

Montesión, hasta tal punto que la mayoría de la gente resumiría su vida con aquel “*Ya voy Señor*”, con el que recibía a todos los que llamaban como si fueran el mismo Cristo:

“El ejercicio que tenía en la portería era el siguiente. Lo primero, en tocando alguno la campana, levantando el corazón a Dios decía: “Señor, abriros he yo a Vos por amor de Vos”, y abría.

El segundo ejercicio era, cuando tocaban, hacía interiormente actos de alegría en el camino como quien iba a abrir a su Dios, y que la campana como si la tocara él, y en el camino iba diciéndole: “Ya voy Señor”.

El tercer ejercicio, que era de mortificación interior, que de que tocaban recio y aprisa, naturalmente el interior del corazón se alborotaba; y le reprimía fuertemente sosegándole hasta que no se alborote (...).

El cuarto punto y ejercicio era, que como se acostumbró tanto que iba a abrir a Cristo, en un punto se hallaba con él, que le iba a abrir con gran regocijo y alegría, a semejanza de cuando alguno viene de afuera y le reciben con gozo y alegría; y le pareció a esta persona cuando iba a abrir –porque él entonces no se acordaba de hombres, sino que iba a abrir a su Dios- que le parecía cuando iba a abrirle, sin imaginar él tal cosa, que le veía venir con innumerables ángeles y la Virgen Santísima también con él.

Más de que había de buscar alguno que le pedían y no le podía hallar, estando cansado en lo exterior, y a cabo de gran rato si le hallaba, le hablaba como si no le hubiera buscado, sino que allí luego le hubiera hallado, dándole el recado”<sup>33</sup>.

Muchos pensarán que el hecho de que Alonso pudiera vivir así durante tantos años, en un oficio tan cotidiano y en ocasiones estresante como es el de la portería, se debe al carácter admirable y paciente del santo. Yo estoy convencido de que esto no es del todo así. Si bien es cierto que su manera de ser le ayudó a vivir con paz su oficio, no lo es menos el hecho de que lo que logró que en él se santificara fue su profunda vida mística.

Y es que San Alonso Rodríguez fue un hombre de profunda oración, un contemplativo en la acción, como antes se ha dicho y, en resumidas cuentas, un místico. Sus experiencias orantes que nos han llegado gracias a las cuentas de conciencia que sus superiores le hicieron escribir, nos descubren a una persona de una profunda familiaridad con Dios, al nivel de sus contemporáneos San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Es verdad que muchas de ellas pueden resultar difíciles de encajar para el lector del siglo XXI, poco acostumbrado al lenguaje de las visiones sobrenaturales en la época de la Reforma de Trento y del primer barroco. Pero, personalmente, creo que hemos de acercarnos a ellas teniendo en cuenta dos claves. La primera de ellas es que el santo no suele hablar de visiones exteriores (como quien se ve rodeado de fantasmas) sino que más bien nos refiere experiencias sucedidas en el fondo de su alma. Y la segunda sería semejante a la que se aplicó cuando se vio su vida de virtud. Es decir, que debemos intentar ir al fondo de su vida mística, sabiendo encontrar en la profundidad de sus palabras “barrocas”, una sencilla experiencia perfectamente aplicable para la vida de los cristianos de nuestro mundo contemporáneo.

Vistos estos presupuestos, es necesario conocer el lugar que la oración ocupaba en la vida de San Alonso. Quien se acerque a sus escritos se dará cuenta de que ésta era para él todo, constituyendo una especie de hábitat en el que el santo se movía, como si fuera el aire que respiraba. Sabemos que se levantaba todos los días dos horas antes que el resto de la

---

<sup>33</sup> COLIN, SJ, F. *Vida, Hechos y doctrina...* págs. 13-14.

comunidad, para poder así dedicar más tiempo a la oración antes de asistir a la celebración de la Eucaristía. Él mismo nos cuenta el estricto ritual que para ello seguía cada día:

“Luego, se pone con Dios y con la Virgen y suele decir: “Deus, in adjutorium meum intende; Dominus, ad adjutorium meum intende; Domine, ad adjuvandum me festina. Gloria Patri, etc.”. Y a la Virgen María suele decir la letanía, que la sabe de coro. Y vistiéndose y después se encomienda a Dios, y le pide licencia para entrar con la oración a negociar con su Majestad, aunque indigno de estar en su presencia, por verse tan malo delante de un Dios tan bueno, haciendo allí grandes actos de contrición y pesar de haberle ofendido: y con grande humildad le pide le dé gracia para que todo lo que allí hiciere con su memoria y entendimiento y voluntad vaya todo a honra y gloria suya, y así se lo ofrece todo; y haciendo tres profundas reverencias, como quien tiene ya licencia, levantando el corazón a su Dios, empieza su oración

Después de la oración, vase a la misa de la comunión, y allí procura de recibir espiritualmente a Nuestro Señor Jesucristo, aparejándose así para recibirle corporalmente, rogando al mismo Jesús, aunque indigno de tan gran merced, le apareje, y a la Virgen y a todos los cortesanos del cielo que rueguen a Nuestro Señor que le apareje; y recíbele con actual acto de viva fe y amor

En acabando de comulgar, esta persona se mete dentro de sí con su Dios, adó viven los dos a solas, haciéndole gracias por la merced tan grande como le ha hecho en venir a visitarle; adonde ahora goza con grande luz de su gran majestad y gloria a su modo, y esto usó intelectualmente hallándose allí con Jesús con grande admiración de tan gran Majestad.

Es tan grande la presencia de Jesús y de María dentro del alma cuando le recibe corporalmente, que entonces más parece evidencia clara y certidumbre que fe, porque parece que cesa la fe, porque parece que hasta aquí puede llegar la seguridad y certidumbre que el alma está con Jesús y con María, consolándose con ellos y pidiéndoles mercedes”<sup>34</sup>.

Cuando acababa el tiempo estrictamente dedicado a la oración y a la eucaristía, Alonso bajaba a la portería y allí se entregaba al trabajo. Pero no se debe pensar que existía un corte entre su vida espiritual y su vida laboral, puesto que como él mismo nos refiere, éstas estaban unidas. Como si la oración y la eucaristía pusieran en marcha un motor que ya no se apagaba hasta que se retiraba a descansar, e incluso a veces más. Son muchos los testimonios personales y de personas externas que nos explican que en muchas ocasiones San Alonso continuaba estando en oración mientras dormía. Aunque de primeras resulte algo difícil de entender, debemos pensar que la oración es un estado de presencia de Dios, por lo tanto, puede llegar a trascender el sueño. Tampoco se debe olvidar que, en la Biblia, Dios habló en sueños a los profetas y al mismo San José<sup>35</sup>:

“Esta persona casi siempre que quiere, en cualquier cabo que está, sin trabajo ninguno, está con su Dios a solas, sin discurso alguno; porque ya tiene consigo lo que con sus discursos se suele buscar, que es a Dios: y así negocia, lo que ha menester con su Dios con gran descanso, amor y suavidad: de tal manera que le ha acontecido algunas veces estando acostado ponerse en oración y tenerla, y en este tiempo dormirse bien dormido, y como se dormía estando en oración, tenía la misma oración estando durmiendo como cuando estaba despierto. Ego dormio et cor meum vigilat”<sup>36</sup>.

Como puede intuirse, Alonso es capaz de orar en todos los momentos de su día. Pero no hay que pensar que esto lo hacía de una manera sobrenatural, casi flotando en medio de las tareas.

---

<sup>34</sup> Cfr. CASANOVAS, SJ, I. *Vida de San Alonso Rodríguez...* págs. 76-80.

<sup>35</sup> Mateo 4, 20-25.

<sup>36</sup> *Ibid.* pág. 102.



Él fue aprendiendo a llenar su trabajo de la presencia de Dios, y así creció en capacidad de unirse con él en cada instante. Para ello solía el santo pedir a Dios y a la Virgen que le alcanzaran crecer en cada momento en lo que él llamaba los “cuatro amores”. Es decir: el amor a Dios, el amor a Jesucristo, el amor a la Virgen María y el amor fraterno de los hombres<sup>37</sup>. Además, había establecido una especie de horario, en el que dedicaba cada una de las veinticuatro horas del día a un santo diferente, con el objeto de que éste intercediera por él y le acercase cada vez más al Señor<sup>38</sup>. Y, por si fuera poco, sus contemporáneos nos cuentan que siempre tenía el rosario entre las manos, era común verle y oírle rezar en soledad el Oficio de la Virgen, pasar largos ratos de rodillas delante de un crucifijo que había cerca de la portería o mirando con devoción una pintura de la Inmaculada<sup>39</sup>.

En definitiva, su vida estaba tan inmersa en la presencia de Dios, que para él la oración era semejante a la respiración. Por todo ello, desde aquí es mucho más fácil de entender aquella anécdota en la que, al discutir en comunidad si era posible o no que un hombre estuviera en presencia de Dios todo el día, San Alonso respondió que él creía que solamente había algún espacio de un credo en el que no se encontraba en ella.

Fruto de todas aquellas horas de oración y presencia de Dios son las experiencias místicas que, como ya se apuntó, inundan sus escritos:

Otras veces se hallaba con sólo decir “Señor”, con grande afecto, tan arrebatado y puesto en el ser infinito de Dios, abrasado en su infinito amor y entregado en ese fuego infinito de Dios, abrasándole ese fuego infinito de amor. Pues ¿adónde llegaría el amor que se le apegaría al alma metida en tan grande fuego de amor? ¿Quién sabría decir la grandeza de ese amor? Sólo sabe gustar el que pasa por ello, y no contar por ser todo ello puro espíritu mental. (...) Esta es la alta unión y transformación del alma en Dios, que llega a tanto, que cada uno da al otro lo que tiene y todo lo que es; diciendo el alma a su Dios: “Mi amado es para mí y yo para él”: “tú, todo mío, y yo, todo tuyo”, apartando el alma su corazón y voluntad de todas las cosas terrenales y carnales por ponerse toda en su Dios, estando a solas con su Dios en silencio y soledad de los dos, a solas, y en llegando a este estado, ya no hay trabajo con la voluntad para hacerla que quiera lo que Dios quiere, por amarguísimo que sea por su amor, por haber gustado ya tanto de Dios, y conocerle tanto, y así lo difícil le es fácil, por el grande amor con que le ama”.<sup>40 41</sup>

“Así como en el modo de orar esa persona era llevada por Cristo dentro de sí, y allí se le comunica tanto estando los dos a solas en espíritu puro mental en gran silencio de los dos; en lo que se sigue también se le comunicaba en gran manera, y es que mirando a este Señor enclavado en la cruz, herida de amor de este Señor, con la grandeza del amor, como la piedra imán que atrae a sí el hierro, su ánima traía el Señor a sí metiéndole dentro de sus entrañas y corazón; en la cual asistencia y presencia de él le comunicaba de lo que él es y de lo que tiene, como es amor, trabajos y virtudes, y dándola a que sienta en sí sus grandes trabajos, y estando él en ella comunicándosele tanto, que venía a estar como transformada en él y como endiosada: la cual visita y presencia de Dios en él la sentía en gran manera sensiblemente, y esta transformación y

<sup>37</sup> Vid. SEGARRA, SJ, V. *Autobiografía...* pág. 116.

<sup>38</sup> Vid. ROIG, SJ, R. *Alonso Rodríguez...* págs. 67-68.

<sup>39</sup> Vid. MARTINEZ SJ, N. *Compendio de la vida...* págs. 118-122.

<sup>40</sup> SEGARRA, SJ, V. *Autobiografía...* pág. 24.

<sup>41</sup> Al igual que en muchas otras de sus experiencias, en ésta puede rastrearse la huella de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio. En este caso de la “*Contemplación para alcanzar amor*” con la que éstos concluyen.

presencia de Cristo Nuestro Señor sensiblemente le solía durar días arreo, particularmente cuando recibía el Santísimo Sacramento del altar”.<sup>42</sup>

Estos dos testimonios nos asoman a un San Alonso Rodríguez muy diferente del que popularmente se suele imaginar. Su fuerte unión con Dios en la oración y sus experiencias místicas nos muestran a un santo con un corazón abrasado e inundado por el amor de Dios. Y, como ya apunté anteriormente, no tengo ninguna duda de que fue esta experiencia de Dios la que sostuvo la santidad de su vida como humilde portero de Montesión. La aparente sencillez, incluso simplicidad de su vida que se ha visto hasta aquí, no es más que la puerta de entrada al alma de un hombre al que precisamente por ser sencillito de corazón, le fueron revelados los secretos del Reino de Dios<sup>43</sup>.

Pero no debemos pensar que en la vida de San Alonso todo fue facilidad en el encuentro con el Señor. No hay que pasar por alto un episodio de oscuridad en su alma, que duró casi diez años. En los últimos años de su vida, cuando la muerte ya se le acercaba, Alonso se encuentra sumido en una Noche Oscura, en la que le es muy difícil, o casi imposible, encontrarse con Dios. Por mucho que ora, por mucho que lo intenta, las experiencias pasadas no vuelven, el Señor parece estar ausente y le da la impresión de que su alma está vacía. El hermano jesuita está pasando por el combate espiritual que han atravesado y atraviesan muchos místicos a lo largo de la historia.

Y ante esta desoladora situación, Alonso sigue los consejos de su maestro Ignacio de Loyola y resiste este combate en la fe, con más fidelidad si cabe que antes<sup>44</sup>. Sigue entregándose a la oración, sigue asistiendo a la eucaristía, dedicando las horas del día a los santos, haciendo actos de devoción delante de las imágenes y sobre todo practicando las buenas obras con la misma solicitud de siempre. Confía en que este Dios que ahora parece estar ausente, sigue estando con él y un día volverá a hacerse presente. Y así pasados estos años, que debieron ser para él muy largos, como si despertara de un sueño, pocos años antes de su muerte, vuelve a sentir a Dios en su corazón, y su oración se llena de nuevo de las experiencias de antaño. Alonso ha pasado la prueba de la fidelidad y esto le ha hecho si cabe más humilde y más fuerte en la fe.

Una vez vista su vida de oración, quedaría únicamente por asomarnos a un apartado de su vida de santidad, como es el de su relación con las personas. En este punto San Alonso Rodríguez sigue siendo un desconocido para muchos. Ya que tendemos a imaginar que su relación con los demás, a excepción del conocido ejemplo de San Pedro Claver, fue más bien parca, breve y de poco fruto, cuando la realidad nos muestra más bien todo lo contrario. Alonso estaba lejos de ser considerado un “ignorante hermanito” dedicado al servicio, sino que más bien constituía un ejemplo para todos, una inagotable fuente de consejo y un profundo pozo de sabiduría divina.

En primer lugar, creo que es necesario saber que él nunca hizo alarde de conocer nada, ni se vio una persona idónea para dar consejos o avisos espirituales. Más bien se molestaba cuando se presentaban estas situaciones y huía de ellas. Su lugar de apostolado era la conversación espiritual en el tú a tú, en lo humilde, sencillito y escondido. Pero, al igual que se ha visto en otros ámbitos de su vida, esta aparente simplicidad escondía en realidad mucho más de lo que se

---

<sup>42</sup> CASANOVAS, SJ, I. *Vida de San Alonso Rodríguez...* págs. 103-104.

<sup>43</sup> Mateo 12, 25.

<sup>44</sup> *Vid.* IGNACIO DE LOYOLA, SANTO, *Obras...* pág. 295.

pudiera imaginar. Alonso siempre consideraba a los demás como mejores o mayores que él en todo. Y desde esa circunspección establecía sus relaciones con ellos:

“A cada uno de los de la casa mirarás en él la virtud que en él más resplandece, y le pondrás ese nombre, como decir: Ya viene el humilde; ya viene el herido del amor de Dios; ya viene el mortificado; ya viene el que continuo asiste con Dios (...) Y cuando veas venir a alguno de tus Superiores dirás, ya viene el abrazado del amor de Dios, el serafín, porque ellos siempre hacen con todos, obras seráficas de caridad”<sup>45</sup>.

Pero, a pesar de toda su humildad, la portería del Colegio de Montesión siempre estaba llena de gentes que buscaban su consejo o querían oírle hablar de temas espirituales. Fueron muchos los alumnos del Colegio que se unieron a la Compañía de Jesús, abrazaron el sacerdocio o entraron en otra orden religiosa por las conversaciones espirituales que mantuvieron con el santo portero. También sabemos que Alonso dedicaba algunas horas del día que tenía libres a enseñar a leer y escribir a niños pobres que acudían a él. Pero, incluso el mismísimo virrey quiso que fuera él y no un profesor al uso, quien le enseñara las primeras letras a sus hijos. Seguramente era consciente de que el hermano no sólo les instruiría con el abecedario, sino que también lo haría con su virtud. Pero San Alonso practicaba también el apostolado epistolar, respondiendo a las cartas que le escribían diversas personas, entre los que se pueden destacar a Don Juan Ribera, patriarca de Alejandría y arzobispo de Valencia, o las duquesas de Gandía, Frías y Feria, entre otras<sup>46</sup>.

Además, sabemos que todos estaban deseosos de oírle hablar en público y predicar (cosa de la que él huía siempre que la obediencia no le obligase a ello). El superior solía ordenarle que dirigiese sermones y pláticas a la comunidad en el refectorio. Y, cuando en el colegio había una reunión, fuere de religiosos o de seglares, era común que alguno le pidiese que entrase en la sala con excusa de un recado, y aprovechando su presencia se le demandase que predicara o diera su opinión sobre el tema que estaban tratando. Normalmente San Alonso solía intentar eludir el encargo, pero siempre acababan convenciéndole con razones espirituales o de obediencia. Los testimonios de la época nos explican como las gentes quedaban admiradas de su sabiduría y su manera de explicar y aconsejar en materias espirituales, y así crecía su fama en la isla y el deseo de muchos de conocerle y tratar con él<sup>47</sup>.

Poco a poco sus fuerzas y su salud fueron desgastándose más de lo que siempre lo habían estado. Alonso tuvo que dejar de bajar a la portería y aceptar con enorme disgusto tener un trato distinto que el resto de los jesuitas de la comunidad. El que siempre estuvo dispuesto a sacrificarse en todo a favor de los demás, ahora tenía que soportar que los demás estuvieran siempre pendientes de él y además le ayudaran en todo. Pero, como siempre había hecho, aceptó de buen grado todo lo que sus superiores dispusieran sobre él, y también los dolores y la pérdida de memoria que su enfermedad le ocasionó.

Alonso fue consumiéndose y desgastándose junto a su Señor, como había hecho toda su vida. Nunca dejó de rezar, aunque en los últimos años necesitase ayuda de otros para recordar las oraciones y salmos que había repetido toda su vida. Y así, cuando contaba con ochenta y cinco años, sin apenas hacer ruido, con el nombre de Jesús en sus labios, murió al amanecer del 31 de

---

<sup>45</sup> CASANOVAS, SJ, I. *Vida de San Alonso Rodríguez...* págs. 87-88.

<sup>46</sup> Vid. MARTINEZ SJ, N. *Compendio de la vida...* págs. 205, 209. SEGARRA, SJ, V. *Autobiografía...*; págs. 63-65, 160-161.

<sup>47</sup> Vid. CASANOVAS, SJ, I. *Vida de San Alonso Rodríguez...* págs. 190-220.



octubre de 1617. La noticia rápidamente se extendió por todo Palma y por la Isla de Mallorca, haciendo que las personas acudieran en masa a venerar su cuerpo. Y sus funerales y su memoria testificaron como nadie que Alonso había sido *“honrado, virtuoso y santo. Honrado por segoviano, virtuoso por jesuita, por buen religioso, santo”*.

A.M.D.G.